

de su regocijo y entusiasmo. Tomó el nuevo rey el nombre de Fernando VII, é hizo su entrada en la capital en medio de las mas estrepitosas aclamaciones. Sabíase que estaba detestando al favorito, y el pueblo no podia menos que agradecerle que participase de un sentimiento empapado en toda la nacion. Sin embargo, el que habia suscitado desde lejos todas estas divisiones, se sonreia al ver su buen éxito, y se lisonjeaba de sacar de ellas su partido. Ya habia plagado la España de sus tropas y en esto mandó á sus generales que se acercasen á Madrid, y que no reconociesen á Fernando, indicando que él mismo se trasportaria al teatro de estas escenas para juzgar esta grande causa, como si hubiese tenido algun derecho para ello. Sugirióse á Carlos que protestase contra su abdicacion como forzosa, y se echó mano de mil artificios para empeñar á Fernando á que saliese de Madrid, y separarlo de un pueblo que le habia sostenido. Hízose que padre é hijo se fuesen á Bayona donde se hallaba su juez, y allí, despues de haberlos tratado con un orgullo insultante y una perfidia atroz, se les hizo firmar su abdicacion. Fernando opuso alguna resistencia; mas en esta lucha desigual el candor y la buena fe debian de ceder el lugar á la astucia y la perfidia. Concluyóse con los dos reyes un simulacro de tratado y se les hizo internar en Francia; amargo cautiverio donde languidecieron. Carlos residió sucesivamente en Compiègne, Marsella y Roma; en cuanto á Fernando

permaneció seis años en el Castillo de Valençay, con los infantes don Antonio y don Carlos, su tío y su hermano. Sin embargo sublevóse el pueblo de Madrid, el 2 de mayo, contra los franceses, y solo se aplacó la asonada por medio del cañon y la metralla. De esta manera se dió á conocer en España el árbitro de este pais, y este dia no fué sino el preludio de las escenas espantosas que ensangrentaron este reino hasta entonces tan tranquilo. La noticia de la abdicacion de Fernando exaltó todos los ánimos, y las provincias del norte dieron el ejemplo de una resistencia á mano armada. Declaráronse las Asturias y Galicia contra la opresion, se formaron juntas; el pueblo, el clero, el ejército, todo el mundo se declaró en masa y con valor contra los usurpadores. En vez de escitar la admiracion tan patriótico celo, se graduó este movimiento en los boletines de Bonaparte de rebellion. Nombró este para el trono de España á su hermano José, al cual llamó de Nápoles, no siendo jamas otra cosa que un instrumento de sus designios. El 20 de julio, entró en Madrid esta fantasma de rey, y un profundo silencio le dió una idea harto convincente de la consternacion general. El mismo dia capitulaba en Baylen una division francesa. El pueblo se habia sublevado en todas partes, habiendo acabado de exasperar los ánimos de sus generosos habitantes los escesos de la soldadesca francesa, los asaltos dados á muchas poblaciones, las crueldades cometidas sin ton ni

son y el saqueo de las Iglesias. Esta nacion , á la cual se creia bastardeada, se reanimó para sostener su independenciam; y mientras que los pueblos mas ilustrados, ó que por lo menos pasaban plaza de tales, habian doblegado el cuello al yugo, ese pueblo religioso y leal conservaba todavia una hidalga actitud. Insurreccionóse en masa para sostener sus derechos, su religion, su libertad y su territorio; cada provincia, cada ciudad, cada aldea se convirtió en un campo de batalla, de suerte que habia tantos soldados como españoles. Vanamente se emplearon para reducirlos, las crueldades, el saqueo y la devastacion. Atreviéronse á llamar bandideros á unos hombres que defendían su religion, á sus reyes, á sus hogares, su independenciam, esto es, todo lo que el hombre tiene de mas precioso y mas sagrado, y graduóse de fanatismo el celo del clero español. Ello es muy cierto que los sacerdotes y religiosos contribuyeron muchísimo á fomentar la resistencia. Mas, los que conviertan esta conducta en crimen no piensan sin duda que ellos sostenian la causa de sus reyes contra una injusta usurpacion estrangera. ¿Y desde cuando prohíbe la religion á sus ministros predicar los sacrificios por la patria? Si hoy dia entrase en Francia un conquistador, se llevase á sus príncipes legítimos y se quisiese reducirnos al yugo, ¿se hallaria extraño que exhortasen los ministros del altar á los pueblos á que sostuviesen en su debido puesto el honor y la independenciam de la Francia? Pues, he aquí pre-

cisamente lo que ha hecho el clero español. El obispo de Santander, el obispo de Pamplona, y algunos otros, á quienes Bonaparte prodigaba el dictado de rebeldes, no eran sino generosos defensores de su pais. ¿Cual es el amante de su religion que no se hubiese levantado contra las profanaciones, el saqueo y la destruccion de las Iglesias, de los monasterios y de todos los lugares consagrados á la piedad? Háse inculcado á los religiosos españoles acerca de haber sido crueles para con los prisioneros, y en efecto parece que hubo espantosas represalias. Mas, hallábanse los Españoles exasperados por las perfidias y barbaries sin tasa de sus enemigos, y se vengaban de ellas con otras, mezclándose á una defensa legítima escesos deplorables, cuyo oprobio de todos modos debe siempre recaer principalmente sobre aquel que diera este funesto ejemplo. No seremos los últimos en declararnos contra los religiosos que hayan tenido parte en estos escesos, por cuanto esto es un profundo olvido de su caracter y una conducta reprobada por el Evangelio. Mas no nos faltan motivos para creer que ha habido muchas exageraciones con respecto á este particular. Tenemos á la vista algunos pormenores de un español, el cual nos presenta á los religiosos españoles bajo un punto de vista bien diferente. En los sitios de Zaragoza y Gerona especialmente su actividad raya en prodigio. Hallábanse en todas partes, en las Iglesias, predicando la palabra de Dios, en los hospitales,

asistiendo á los enfermos y suministrándoles todos los socorros necesarios, en las familias consolando y tranquilizando á las mugeres desoladas; en las brechas recogiendo á los heridos en sus brazos, distribuyéndoles remedios y volviéndolos á la vida, ó dándoles fuerza para despedirse de ella. Participaban de todos los peligros, y muchos de ellos perecieron en el acto mismo en que arrodillados al lado de los moribundos, llenaban para con ellos los últimos deberes de la caridad. En el sitio de Gerona, durante el bombardeo de esta ciudad, seguian los religiosos las huellas de la bomba en medio de los escombros, sacaban á los infelices que estaban envueltos en las ruinas, y les prodigaban todos los recursos que estaban á su alcance. A su celo se debió la formacion de asociaciones de señoras caritativas, las cuales se consagraron al cuidado de los heridos. ¿Y qué tratos se les daba cuando caian prisioneros? Asesinados impiamente á manos de una soldadesca furiosa ó condenados á la carcel, no tenian otra alternativa que la muerte ó la miseria. Testigos hemos sido en Francia de la suerte que les tocara, desnudos, arrastrados de ciudad en ciudad, reducidos á la mas afrentosa indigencia, perecian á millares. Generalmente hablando esta guerra, espantosa por tantos títulos, fué una fuente inagotable de desastres, derramándose la sangre á torrentes, solo por el capricho y la ambicion de un hombre. Dos naciones nacidas para ser amigas se destruian encarnizadamente la

una á la otra, habiendo perecido mas de un millon de hombres en esta lucha desastrosa. Tomadas y perdidas muchas veces, la mayor parte de las ciudades, se vieron al fin arruinadas hasta á los cimientos. Batallas sangrientas y asesinatos parciales despoblaron este desdichado pais, donde sellaban las huellas de las tropas el incendio y la carnicería. Y sin embargo el autor de tamañas catástrofes persistió por espacio de seis años en querer sojuzgar la España. Él mismo en persona quiso ir á verla, y entró en Madrid á 5 de diciembre de 1808; mas llamado otra vez á Alemania, con motivo de una nueva guerra, no volvió á parecer mas en la Península, y se contentó con enviar á ella sucesivamente ejércitos que iban aniquilándose en los combates, teniendo que renovarlos casi cada campaña. Tambien penetraron sus tropas en el Portugal donde no pudieron sostenerse. Habíase retirado su familia real en el Brasil, y los ingleses fueron en socorro de los portugueses. Tampoco cayó Cadiz en poder de los franceses, y todas las autoridades españolas se refugiaron en esta ciudad. Juntas, Cortes, una regencia, vinieron á reemplazar el gobierno que les habian arrebatado, y el espíritu nacional se conservó en todas parte hasta en lo mas recio de sus reveses. Con frecuencia batidos, nunca sojuzgados, sabian los Españoles encontrar nuevas fuerzas despues de su derrota. Ni la ruina de sus casas, ni la devastacion de sus campos, no pudieron jamas hacerles doblegar la cerviz.

al opresor. Consumíanse los ejércitos franceses en los combates y marchas continuas, y con la ayuda de los ingleses consiguieron los nacionales avanzar hasta las provincias del mediodía; luego arrojaron á José de la capital, donde se pagaba del vano título de rey, sin poder y sin súbditos, y lo arrojaron por fin de todo el reino. No cabe la menor duda que la valerosa resistencia de la España tuvo una grande influencia en la emancipacion general de Europa; y la toca el honor de haber manifestado que se podía abatir á ese coloso que gravitaba sobre nuestras cabezas, y de haber contribuido á destruir su pujanza con sus esfuerzos redoblados. La guerra de España fué para Napoleon un gusano que le royera y que preparó su ruina.

—El 11 de julio, alocucion del Papa á los cardenales en consistorio secreto. El 16 de marzo anterior ya habia dirigido el Papa á los cardenales, reunidos en consistorio, una alocucion donde les daba cuenta de todo lo que habia tenido que sobrellevar hasta entonces. Les referia las condiciones que habian querido imponerle, y su justa repugnancia á declarar, como se queria, la guerra á los ingleses, que no le habian hecho ningun mal, y á contratar una alianza ofensiva y defensiva con el gobierno francés. ¿Podia ponerse de esta suerte en actitud hostil contra otras potencias? ¿acaso no se le hubiese echado en rostro su parcialidad, si, olvidando sus deberes, como gefe de toda la Iglesia y padre comun de todos los fieles, hubiese

escuchado todas las quejas de un hombre que todos los días inventaba otras? Hubiérase visto precisado el Papa á declarar alternativamente la guerra á la Inglaterra, al Austria, á la Sicilia, á la España, y hasta hubiese tenido al fin que enviar sus tropas contra la Prusia y la Rusia. De consiguiente, negándose á prestarse á semejantes disposiciones, Pío VII no hizo sino llenar un acto de justicia, de sabiduría y de valor. Ya hemos visto cual fué el precio de esta conducta. En su nueva alocucion recordó el Papa los nuevos ultrajes hechos á su persona y autoridad: quájase sobre todo de que le hubiesen arrebatado sus cardenales; y manifiesta cuan contrario es al derecho de gentes este ináudito proceder. Igualmente reclama contra el decreto del 2 de abril, con lo cual le usurpaban las mas ricas provincias de sus Estados, y refuta los frívolos pretextos con que se habian querido disfrazar la invasion. Por último, protesta solemnemente contra los actos y las medidas empleadas contra él, y toma á los cardenales por testigos de su moderacion, de su condescendencia y de su deseo de prevenir disputas. Esta alocucion, bastante estensa, está redactada con enérgica sencillez, intérprete del caracter suave del Pontífice, descuella en sus cláusulas la paciencia y la resignacion, hasta cuando conjura á su perseguidor á que se deje llevar de sentimientos mas políticos. Mas, en vez de hacer ningun caso de sus amonestaciones, este manifestaba cada dia mas sus perversos designios,

y habia prohibido bajo pena de la vida á los impresores de Roma imprimir ningun escrito sin haber obtenido antes un permiso del gobierno francés. Todos los dias se desterraba de Roma á sacerdotes; ya no se respetaba la correspondencia del soberano Pontífice, al contrario, se la violaban; se ponian presos á sus guardias, su habitacion estaba incomunicada, y las calles y las plazas de la ciudad cubiertas de soldados. Imposible les era á los obispos y demas eclesiásticos de sus Estados llegar hasta él. Publicábase á sus ojos una gaceta, se insultaba su autoridad; y esparcíanse proclamas con el objeto de promover sus súbditos á la revuelta. Habia elegido el Papa al cardenal Pacca para reemplazar al cardenal Gabrielli. El 6 de setiembre entraron dos oficiales en el aposento del nuevo ministro, lo prendieron, y lo iban á conducir á Benevente, su patria. Informado el Papa en el acto de esta nueva violencia, bajó inmediatamente en el aposento del cardenal; habló con vehemencia al oficial francés, se quejó de tamaños insultos, y, asiendo de la mano al ministro, se subió con él á su estancia, dejando á los dos emisarios desconcertados á su presencia, y corridos de ver el mal éxito de su empresa. Mejor librados salieron con el cardenal Antonelli, decano del sacro colegio, el cual, por su destino, su celo y su firmeza, estaba particularmente espuesto á la envidia de los perseguidores. Mandáronle salir de Roma el 7 de setiembre, sin ningun respeto á su avanzada edad, y

sin darle tiempo de hacer ningun preparativo. El propio dia se deportó á Toscana al prelado Arezzo, el cual habia reemplazado al prelado Cavalchini en el gobierno de Roma. Tambien arrancaron de su diócesis para conducirlo al castillo de San-Angelo al obispo de Anagui, Joaquin Tosi. Deteníanse y se registraban los coches que salian del Quirinal. En tal estado de cosas, acaso era justo dudar si debia mirarse como una irrisión ó como un homenaje la peticion que hizo el general francés, á 31 de diciembre de 1808, sobre que se le admitiese el dia siguiente á saludar al Pontífice con motivo del año nuevo, *como gefe de la Iglesia*, decia la esquila, y *como soberano de Roma*. No separándose jamas el Papa del tono de moderacion y de reserva que se habia prescrito, hizo contestar que él hubiese admitido de buena gana al general francés como simple particular; pero que en el estado de cautiverio en que se hallaba no le estaba bien recibir felicitaciones. Como sea la parte de sus Estados, invadida á consecuencia del decreto del 2 de abril, estaba cargada de exacciones. Exigíase á los obispos y á los curas un juramento, cuya negativa los esponia á penas rigorosas. Arrojábase de sus monasterios á los religiosos de entrambos sexos, y se publicaban leyes contra las cuales estaba reclamando el Papa tantos años hacia, y de un modo mucho mas especial en su alocucion de 11 de julio. Pretendíase ridículamente aplicar á este pais los usos y los decretos de la Iglesia galicana, y to-

do se ponía en desorden por medio de violencias que se reproducían á cada instante. S. S. no dejó con todo de escribir á estas iglesias desoladas, para alentarlas en la firmeza y la paciencia, para cuyo ejemplo podía proponerse ella misma. Desde los balcones de su propio palacio tenía ocasión de contemplar todos los días la ejecución de nuevos atentados. El 19 de enero de 1809, algunos soldados rodearon el palacio del embajador de España, y pusieron preso al caballero Vargas, que se hallaba á la sazón en cama y enfermo. También prendieron á dos auditores de la Rota y otros muchos particulares de la misma nación. Vanamente se quejó el soberano Pontífice de esta nueva tropelía y violación del derecho de gentes, la cual no dejó de notificar á los ministros plenipotenciarios extranjeros.

1809.

— El 17 de mayo, reúne Napoleón en un decreto los Estados romanos al Imperio francés. Ya se ha visto que en el año anterior se había apoderado de Roma y de otras provincias á lo largo del Adriático; y era fácil de prever que, atormentado de su ambición, no tardaría á apropiarse el resto del Estado de la Iglesia. En el hecho era ya su dueño, puesto

que sus tropas lo ocupaban completamente, y que sus generales dictaban la ley allí. Mas quiso consumar la espoliación con un decreto dado en Viena. Exaltado con sus conquistas, embriagado de su prosperidad, ya no veía nada que pudiese detenerle. Todas las cláusulas de este decreto están arrojando el orgullo que le hinchaba. Aseguraba que Carlo-Magno, su *antecesor*, no había condonado á los obispos de Roma algunas comarcas mas que *á título de fondo, y sin que dejase por eso Roma de formar parte de su Imperio*; que la reunión de los dos poderes era una fuente inagotable de discordias, y que habían sido ociosas todas sus proposiciones conciliadoras. Consecuente á todo esto, reunió los Estados del Papa á su Imperio, y le señaló dos millones de renta. Organizóse un consejo para gobernar la nueva conquista, y para dar un colorido favorable á semejante usurpación, el sucesor de Carlo-Magno (como se llamaba á sí mismo) escribió, con fecha de 13 de julio inmediato, á los obispos de Francia, una circular donde afectaba un lenguaje piadoso, el cual, con todo, no se interpretó sino como una irrisión insultante, por mas que se sirviese en ella de estas espresiones *nuestra santa religion, nuestro señor Jesucristo*. Al mismo tiempo que estaba diciendo á los obispos que *perseveraria en la grande obra del restablecimiento de la religion*, mandaba conducir al gefe de la Iglesia de destierro á destierro. Asegurábales que *solamente podia él hacerles tener en considera-*